

El antiguo mendigo saludó cortésmente, y se ausentó de la pieza.

Inés, al verse sola, besó con delirio el cuaderno que tenía en sus manos; lo abrió apresuradamente; fijó sus ojos humedecidos de lágrimas en aquellos conocidos caracteres que hacían latir su corazón, y cuando, llena de impaciencia y de ansiedad, se disponía a leerlo, entró una criada a anunciarle que su hermano le esperaba en la sala para comunicarle un asunto de interés.

La hermosa mujer se levantó al instante; guardó el cuaderno en un oloroso cajoncito de una elegante cómoda, y se dirigió a la sala, aplazando la lectura de lo que tanto deseaba saber, para más tarde.

## CAPITULO II

### La lectura

La entrevista entre Inés y don Emilio se redujo a hablar de las disposiciones necesarias para la unión de Clotilde con Duval.

Inés expuso sólidas razones para no violentar la voluntad de la inocente huérfana, y se retiró a su gabinete cuando el sol habíase hundido completamente en el ocaso.

La estancia se encontraba iluminada ya por la brillante luz de un bellissimo quinqué, colocado en una rica mesa redonda, situada en medio de la pieza.

Llena de ansiedad y de amoroso anhelo se dirigió Inés a la rica cómoda, abrió el aromático cajoncito en que había guardado el cuaderno; lo tomó con profunda emoción en sus manos, se sentó junto a una mesa, y vió que estaba concebido en estos términos:

«Apuntes de lo que sufre en su obscura prisión, el coronel Ricardo Guzmán, escritos por él mismo».

«Cuautitlán, 20 de abril de 1829, a las cuatro de la mañana.—Acabo de ser reducido a prisión, después de haber andado prófugo, temiendo caer en manos de mis enemigos; tal vez dentro de poco seré sentenciado a muerte, sin que haya cometido ningún delito. ¡Oh!... ¡No lo siento por mí!... Pero me atormenta la idea de lo que sufrirá mi idolatrada Inés al saberla... ¡Me ama tanto!... ¡Es tan buena!... ¡Morir sin decirle adiós, sin estrecharla contra mi corazón y decirle que muero amándola!... ¡Oh!... ¡Este es el pesar mayor para el que sólo vive y alienta por ella!...»

La hermosa sintió agolparse a sus ojos las lágrimas que a su pesar descendieron por su semblante, humedeciendo el ensangrentado papel; esperó un momento a que el llanto permitiese distinguir los caracteres, y luego continuó leyendo:

«Día 21, a las doce de la noche.—No sé en qué pueblo estoy; cuando yo creí que me sacaban a ser fusilado, me vi metido en una litera y he caminado sin saber por dónde; al bajar de ella me han vendado los ojos, no han dejado acercarse a nadie a hablarme, y me han encerrado en un cuarto; el hombre que me ha servido la comida es un extranjero de aspecto fiero, que no me ha dirigido uno sola palabra. ¡Qué será de mi pobre Inés!... ¡Creerá que no me acuerdo de ella!... ¡Que me he olvidado acaso!... ¡No; yo no puedo olvidar a la que es mi vida; el ángel cuyo recuerdo dulcifica los amargos instantes de mi horrible soledad!... No, Inés; desde dondequiera que esté, mi pensamiento cruza los espacios y te sigue amoroso, como el único bien de la tierra; mi alma vuela a encontrarte, para decirte que te ama... ¡Que te amaré siempre!... ¡Me olvidará ella, acaso?... ¡Oh!... No. ¡Me ha dado tantas pruebas de su amor!...»

Inés sintió oprimírsele el pecho con la superabundancia de tiernos sentimientos que embargaban su corazón, y suspendió un instante la lectura, para poder respirar con libertad; aquellos renglones encerraban para ella un manantial de tiernos y dolorosos afectos, que llevaban el llanto a sus divinos ojos. La hermosa llevó a ellos el fino pañuelo, y continuó leyendo:

«Día 22, a las dos de la madrugada.—Acabo de despertar de un sueño delicioso, y me he levantado, para consignarlo en este cuaderno, que es el único amigo en quien deposito mis más tiernas afecciones y mis más íntimos pensamientos. He visto a la mujer que amo; he oído sus dulces palabras y he estrechado su mano entre las mías... ¡Ah!... ¡Por qué ha desaparecido tan breve la ilusión, para dejarme sumido en la amarga realidad de mi desgracia?... ¡Era tan dulce mi sueño, que quiero imprimirlo sobre el papel para saborear sus quimeras, en tanto que formo mis pobres caracteres. He aquí, minuciosamente descrito, acompañado de las dulces reflexiones que me animan al pensar en sus delicias. Inés, si algún día hace Dios que llegue a tus preciosas manos este desaliñado escrito, mira en cada una de sus letras un dulce amigo consolador de mi infortunio.

«Fué un ensueño!»



## I

«Era de noche; yo gemía preso en la estrecha prisión de un húmedo edificio; mi pensamiento acariciaba la imagen de una mujer hermosa; mis labios repetían a cada instante el nombre de Inés, más dulce para mi corazón que el néctar de las flores para la susurrante abeja; soñaba en el término de mi felicidad y en la horrible muerte a que me creía condenado, cuando de repente me vi rodeado de los soldados que guardaban mi prisión, que me condujeron a un sitio sombrío para privarme de la vida; al verme de rodillas, y pronto a ser ejecutado, saqué de mi pecho una pequeña cruz de oro con el divino Salvador expirando en ella, prenda adorada de la hechicera mujer que amaba; y abrazándome con toda fe al signo de la Redención, recé interiormente con el más vivo fervor, para que Dios me perdonara mis culpas; de repente sentí el ruido de las armas que se preparaban; un sudor frío corría por todo mi cuerpo; mis labios imploraron el amparo de la Santísima Virgen, y a los pocos instantes sentí que mis sesos habían saltado por el suelo despedazados por el plomo. Pero, ¡oh, sorpresa!, en vez de la obscuridad a que yo creí que iba a pasar de esta vida; en vez de las sombras y de las negras cavernas, vi debajo de mis pies, pero a una distancia infinita, un abismo de luz desconocida, sublime y suave; a mi derredor esplendorosas nubes, que parecían impulsadas por celestiales seres; y sobre mi cabeza, un cielo nítido, puro y resplandeciente, del cual descendían las armonías más tiernas y más dulces; yo sentí bañado mi corazón de una superabundancia de felicidad indecible, y probé la infinita dicha que no le es permitido al hombre disfrutar en la tierra... ¡Oh!... ¡Cuán hermoso era aquel cielo, cuyo resplandor deslumbraba mis ojos!... Yo me sentía suspendido en los aires, pero tan dulcemente, como cuando la reina de las aves, extendiendo sus alas, se cierne blandamente contemplando la tierra. De repente me sentí impulsado suavemente por las embalsamadas auras que llevaban hacia el Empíreo la cruz, de la que yo iba abrazado, como se eleva un globo al impulso del gas que lo levanta hacia el éter. Yo no sé qué revolución se efectuó en mi naturaleza desde que creí que había abandonado el mundo. El ambiente que respiraba era tan grato, que se dilataba el alma en un mar de deleites inefables, que le alimentaban como alimentaba a los dioses la ambrosía en el Olimpo.

en el inmenso espacio que atravesaba, no había estrellas, sino blancas nubes que, al acercarme a ellas, se abrían pavorosas para rodear la cruz, dejando salir de su centro una deliciosa armonía, y colocándose luego a los lados en caprichosas formas para sostener el signo de la Redención. Yo bajé los ojos para medir la distancia que me separaba de la tierra; pero vi sólo el vacío, y debajo de él mil y mil nubes de vivos y variados colores que corrían con una velocidad indecible, ya elevándose, ya descendiendo como las espumosas olas del mar sacudidas por el fuerte viento que las hincha y altera. Asombrado con lo que me pasaba, alcé los ojos, y descubrí a lo lejos, en ángulo obtuso, pero a una distancia incalculable y sin guarismo, una magnífica ciudad, llena de aéreos palacios, de hermosos templos, y de soberbios alcázares de una arquitectura fantástica; pero llena de belleza y valentía, que se oscilaba mansamente, cual si edificada estuviera sobre las resplandecientes nubes o sobre la luz que en todas direcciones se extendía y que bañaba suavemente la creación entera. Aunque a distancia tan considerable, mis ojos, favorecidos por la claridad de aquella luz que hacía percibir los más pequeños objetos, alcanzaron a ver multitud de personas de una belleza sobrenatural, que se asomaban a unos elegantes, altísimos y espaciosos balcones, admiradas de ver llegar a un personaje de la tierra. No tiene el idioma humano palabras para expresar el número de sensaciones que mi corazón gozó en aquel momento; iba a llegar tal vez a la mansión de Dios; iba a presenciar la belleza incomparable de la madre del Salvador, y a inundarme con su amor, porque yo ignoraba el lugar que el Eterno había destinado a mi alma... Un temor religioso, pero dulce y tierno, como era dulce y tierno todo lo que allí sentía el alma, se apoderó de toda mi existencia; y a medida que me aproximaba a aquella ciudad santa, inundada de una luz diáfana y pura, se aumentaba también ese placer inefable, todo espiritual, todo religioso y puro, que experimenta el justo cuando más se separa de la tierra para acercarse a Dios. Conocía que una fuerza eléctrica me conducía a aquel centro, y que la tierra no es más que un punto en que se ha detenido por un momento el hombre, para rodar después con más fuerza hacia su centro, que es la eternidad, hacia la cual me parecía que me llevaban. Si grandiosa me pareció la aérea ciudad cuando por primera vez la descubrí a lo lejos, al llegar a ella, mis ojos quedaron absortos de tanta magnificencia. Era una ciudad de calles rectísimas, anchas como el cielo que vemos sobre nuestras cabezas, compuesto el pavimento de



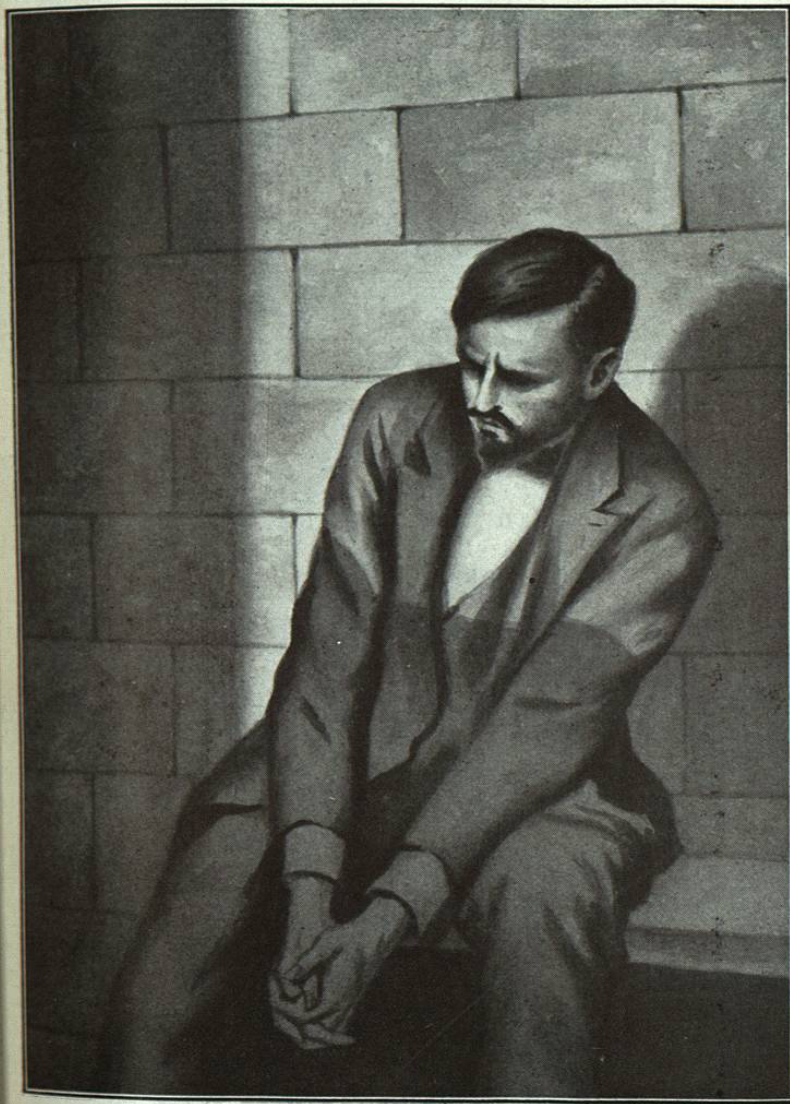
nubes tersas, blancas y llenas de luz, que la planta no sentía debajo de ella; de templos elevadísimos, cuyas puertas iban a perderse, lo mismo que las finas y delicadas columnas que los adornaban, en un cielo purísimo de plata. Los edificios eran de una materia transparente y brillante, de una arquitectura extraña y sublime; de puertas altísimas y anchas, sostenidas por columnas exquisitas y elevadísimas, de una materia desconocida para los mortales, pero transparente y hermosa, aun mucho más que la que se notaba en los edificios. Era una ciudad aérea, inundada por todas partes de luz y de belleza. Desde allí abarcaba la vista todo el espacio; desplegábase bajo mis pies la naturaleza entera, y ante mis ojos la creación sin límites, perdiéndose en el resplandeciente horizonte, bañado por la luz divina de un cielo sin término ni fin.

Sobre las nubes que en el abismo contemplaba, sobre los templos, sobre los alcázares y sobre todo cuanto la vista alcanzaba a descubrir, mandaba el sol sus esplendentes rayos, tiñendo la sublime perspectiva de nítidos y llameantes resplendores; parecía que un mundo de luz, pero suave, dulce, fresco y resplandeciente, acababa de salir de las manos del Creador, para que un nuevo Adán viniera a gozar de su hermosura. Mi alma se sumergía toda entera, con un placer indecible, en un océano de eterno amor, que la elevaba hasta el trono del Señor... ¡Oh! ¡Aquello era hermoso!... ¡Aquél era un goce sin medida..., una dicha sin guarismo..., y una eternidad de bienaventuranza!...

Agobiado por el exceso del placer, dirigí mi vista hacia las ventanas y elegantes balcones que desde abajo había visto llenos de gente, esperando descubrir al dulce objeto que hacía latir mi corazón; al ángel que esperaba encontrar en mí, pero ya nadie estaba en ellos; por todas partes reinaba el silencio y la soledad; pero aquel silencio y aquella soledad tenían para mí algo de sublime, algo de celestial, y algo de incomprensible felicidad. ¿Qué país será éste?, me preguntaba a mí mismo. ¿Es la mansión de los ángeles que han de jado al mundo apenas pisaron sus abrojos; la de los escogidos que han pasado una vida de tribulaciones y de miseria, o la de los tiernos amantes, donde me espera la angélica mujer de mi cariño?...

En este caos de dudas me encontraba, cuando descubrí en el extremo de una calle que se extendía a mi izquierda, un fiel amigo, con quien había tenido estrechas relaciones en el mundo antes de abandonarlo.

Aquel encuentro me llenó de indecible gozo; era una re-



¡Ah!... Me volví a encontrar solo, en una húmeda prisión, lejos del objeto amado...

(Página 247.—Tomo 1.)



comendable persona iniciada en el secreto de mis amores, y corrí hacia ella para preguntarle por Inés, que era el bello ideal de mi esperanza. Al verme, la sorpresa de mi leal amigo fué igual a la que yo había experimentado, y echándose los brazos, exclamó:

—¿Qué poderoso motivo te ha conducido a estas apartadas regiones?

Yo, que sentía mezcladas en halagador consorcio algunas vagas ideas de la tierra con otras apacibles, creaciones recientes de mi exaltada fantasía; yo que asociaba sin violencia en aquel vagaroso instante las variadas escenas de mi pasada vida con las dulces y fantásticas que me presentaba la eternidad; que amalgamaba sin esfuerzo la vida con la muerte, el cielo con la tierra, lo eterno con lo frágil y perecedero, y el dulce objeto de mi amor con todos los objetos que me rodeaban, le contesté:

—La envidia de los hombres me ha desterrado del mundo, y Dios me conduce a la mansión en donde habita la mujer que adoro.

—Sí; a la grata mansión de los escogidos—me respondió con una voz armoniosa, que bañó mi alma de angélica felicidad.

—Pero, dime, venturoso amigo, ¿qué bella región es ésta a donde he sido colocado de una manera que excede a mi limitada comprensión?

—Este es el planeta Saturno.

—¿Estoy en el planeta Saturno?...

—Sí, amigo mío, en el planeta Saturno.

Yo no sé qué especie indefinible de asombro y de sorpresa se apoderó de mí al escuchar aquellas inesperadas palabras.

—Y ¿existe aquí, por ventura, el ángel de mis ensueños?

—Sí, vive en este planeta; en aquel espacioso palacio que oscila en medio de las nubes, y en donde llora sin consuelo tu prolongada ausencia.

—¡Llora, llora por mí!...—exclamé profundamente conmovido—. ¡Yo también he llorado y lloro por ti, mi idolatrada Inés! Pero no me culpes por mi tardanza, vida mía... Los pérfidos hombres, los enemigos de mi felicidad me han separado de ti, me condujeron a una oscura prisión, de donde no podía escribirte; prisión húmeda y estrecha que he regado abundantemente con mi llanto, consagrado a tu memoria...

—Llanto de amor que el cielo recompensará con interminables venturas. Sígueme, querido amigo, a la mansión en



que habita el bello sér de tu cariño, donde te aguardan las inefables delicias de los bienaventurados.

Yo seguí con religioso silencio a mi bondadoso guía, en cuyos apacibles ojos veía impresas la pureza del corazón y la grata sencillez y benevolencia de un alma sin mancilla.

## II

«Apenas habían transcurrido algunos instantes en nuestra marcha, cuando mi servicial amigo detuvo el paso enfrente de un suntuoso palacio de maravillosa arquitectura, a donde llamó por medio de una aldaba, que representaba un ángel con las alas de zafiro. Las paredes eran de una materia transparente y brillante, en que estaban incrustadas, formando graciosas y caprichosas labores, las esmeraldas, los rubíes y los diamantes; las puertas eran de oro resplandeciente y de caprichosa forma; los espaciosos balcones de bruñida plata, con barandal de preciosas amatistas y finos balaustrés de blancas perlas y de azules turquesas.

Aun no volvía yo de mi admiración, cuando vi que se abrían por sí solas las auríferas puertas, girando blandamente sobre riquísimos goznes de diamantes. Cuatro hermosas jóvenes, envueltas en elegantes y airosos ropajes blancos, y un anciano de respetable fisonomía y varonil presencia, yacían muellemente sentados sobre blandas otomanas, en medio de un delicioso patio cubierto de naranjos y limoneros, que exhalaban un delicado aroma, que embalsamaba la atmósfera.

Al verme, se levantaron con una suavidad vaporosa, se acercaron a mí con la mayor afabilidad y me saludaron; pero de una manera tan tierna y tan afable, que yo me sentí conmovido hasta lo más íntimo del alma.

Mi fiel amigo, lleno de bondad y de ternura, les refirió entonces quién era yo, y al escuchar que era un sér que acababa de abandonar la tierra, me prodigaron atenciones que me dejaron enajenado de felicidad.

Había en los rostros de aquellos seres tanta bondad, tanto candor, tanta inocencia y tanta franqueza y hermosura, que desde el instante mismo, inspiraban cierta confianza respetuosa, cierta mezcla de ternura y de consideración, que encantaban, y que en vano trataría de pintar el más distinguido escritor.

Pasados los primeros momentos de agradable sorpresa, el respetable anciano nos invitó a que pasásemos a un

pintoresco jardín que en el mismo palacio había, donde deseaba escuchar de mi boca algunas particularidades de la tierra que acababa de abandonar. Entonces dos de las jóvenes se acercaron a mí con aire gentil y majestuoso porte; apoyaron sus torneados y blancos brazos sobre mis hombros con una confianza pura y tierna, y colocándome en medio de ellas, me condujeron al hermoso jardín. Embriagado de dicha al contacto de aquellas formas hechiceras, y al respirar el balsámico aliento que exhalaban sus purpúreos labios, dirigí mi adormecida vista a la que más dulcemente se apoyaba, y vi atónito de placer y de ventura, pero sin comprender cómo se había verificado aquel encanto, que era mi dulce compañera, la bellísima Inés, que se sonreía de felicidad, mirándome con profunda y angélica pasión. ¡Oh!... ¡Nunca he sido más dichoso que en aquel instante!... ¡Mis ojos estaban fijos en los suyos, en donde temblaban brillantes lágrimas de amor!... ¡Mi delicioso camino, a la bellísima Inés, cuya seductora imagen se asociaba a todas mis ideas: amante corazón sentía los latidos del suyo virginal y cariñoso, y nuestro aliento se mezclaba, como se mezclaban nuestras apasionadas almas!... ¡Inés, ángel de consuelo y de esperanza, de quien me separan los hombres, tu imagen es el bálsamo que suaviza los inferos tormentos que oprimen mi pecho en la obscura prisión en que me encuentro!...»

La hermosa mujer se enjugó algunas lágrimas que bañaban su celestial semblante, y continuó leyendo.

«Así, dulcemente enlazados, y expresando en la mirada los más íntimos afectos del corazón, penetramos venturosos en el ameno jardín, donde nos aguardaban deferentes mi leal amigo, el venerable anciano y las otras hechiceras jóvenes.

Cuanto nos han contado de lo hermoso del Paraíso, quedaba muy atrás de lo que mis ojos contemplaron al entrar en aquel pensil de flores y delicias. Era un delicioso Edén, cuyos límites no alcanzaba a descubrir la vista del mortal; árboles de las más delicadas frutas, desconocidos en la tierra, formando calles rectísimas que se iban a perder en el horizonte, partían en todas direcciones del centro del jardín, formando una estrella; flores de los más raros colores y de las más caprichosas formas, pero de un aroma celestial, embalsamaban una atmósfera llena de luz; cascadas aéreas, colocadas sobre oscilantes nubes, se precipitaban sobre fuentes de bruñido y diáfano cristal que, después de recrear la vista con sus primorosos surtidores, dejaban correr sus claras linfas sobre una matizada alfombra de ex-



quisitas y delicadas rosas; mil y mil pájaros de raro y brillante plumaje cruzaban el inmenso espacio cantando de una manera armoniosa y desconocida. Pero lo que más sorprendía era el ver que aquellos árboles, y aquellas fuentes, y aquellas flores, y hasta el mismo jardín, descansaban sobre la luz que envolvía toda la naturaleza; luz pura y diáfana que no molestaba con sus rayos, y que jamás llegaba a nublarse.

Embriagado con el exceso del placer, dirigí mi vista adormecida con la superabundancia de felicidad, hacia una deliciosa glorieta, donde en inocentes juegos se divertían mil y mil jóvenes hermosas, vestidas todas de blanco, símbolo de su pureza, más bellas que las ninfas que nos describen los poetas, que las huríes que adornan el Edén de Mahoma.

Embebecido con lo que a mis ojos contemplaba, y admirado de la dulce armonía que reinaba en los dichosos habitantes de aquella magnífica mansión, en que imperaban la virtud y la tranquilidad, supliqué al venerable anciano se dignase darme a conocer la historia de aquel bellissimo planeta, cuyos seres participaban de la celestial hermosura de los ángeles de la gloria.

Entonces él, con una amabilidad sin límites, que se revelaba en su simpática y respetable fisonomía, nos invitó a descansar sobre una alfombra de fragantes flores; tomó asiento en un blando sofá, formado por la naturaleza y matizado de blancas y exquisitas rosas; Inés se sentó a mi lado; yo acaricé una de sus blancas y torneadas manos, y fijando en mí sus bellísimos ojos, con una ternura celestial que conmovió todo mi sér, escuchamos, tiernamente enlazados, la sonora y hermosa voz del respetable anciano, que habló de esta manera:

—Saturno, después de haber gobernado sabiamente las tierras del Lacio, en que reinaba Jano, y de haber introducido la paz, la industria y la riqueza en los pueblos, alcanzó de Júpiter, por favor especial, el trasladarse con su familia a este planeta, que hoy lleva su nombre, para que lo gobernase y engrandeciese. Sabio y previsor, para alcanzar los altos fines del bien social, desterró el uso de los viñedos y de toda planta que pudiese producir el torpe vicio de la embriaguez; hizo que no tuvieran valor ninguno el oro y la plata; prohibió el uso y fabricación de las armas; bajo penas las más severas, que se desterrase el excesivo lujo de la sociedad, y cuidó de que todo individuo se educase en la creencia religiosa y en la práctica de las virtudes. Celoso de la pureza de costumbres, cerró las puertas de su reino a

todos los seres de la tierra, y sólo las dejó abiertas para los tiernos amantes que, perseguidos y desgraciados en el mundo, buscasen un consolador asilo donde vivir felices. Sí; en esta mansión de paz y de inefables delicias, sólo penetran las almas puras y sensitivas que viven de amor, pero de amor íntimo, desinteresado y sin término, como el que abraza el candoroso pecho de tu angélica Inés y el tierno corazón que late dentro de ti mismo. Aquí hallarán término vuestras penas, y principio vuestra felicidad... La Honestidad, que habita en un modesto alcázar en medio de esta ciudad flotante, presidirá vuestro anhelado enlace; las Gracias velarán por vuestra eterna juventud e Himeneo os unirá para siempre en sus bellísimos altares.

Y al decir esto, la hermosa joven que yo amaba, la celestial Inés, fijó en mí sus ojos, pero de una manera que me hizo estremecer de dicha; me habló de amor y el sonido de su voz era tan dulce y armonioso, que adormecía el corazón, dejándole en un éxtasis delicioso. Yo la contemplaba como a un sér sobrehumano; sobre su cabeza me parecía descubrir una aureola divina que la rodeaba; en su hermosa y espaciosa frente había algo de luminoso y de celestial; en su rostro se notaba un resplandor indefinible y no sé qué de divino que seducía, y cual si su dulce aliento fuera un fluido magnético, me tenía encadenado a ella y sin fuerzas para separarme de su lado.

Y no sólo en ella, sino en todas las personas que me rodeaban, veía yo aquel misterioso resplandor que parecía envolver sus vaporosos cuerpos; aquel mismo aire de candor y de pureza, propios de los que habitan las regiones inmortales, y unos movimientos tan leves y suaves como el de la superficie del mar cuando yace en calma y siente los halagos de las ligeras brisas. Yo llegué a conocer allí la esencia de las cosas, de las cuales sólo había en el mundo la apariencia; tenía descornado ante mis ojos el velo de la creación, y comprendía sin esfuerzo los misterios de la vegetación y del lazo salvador que une a los mortales con el Eterno... Allí vi de cerca ese mundo de luz, un sol purísimo y refulgente, que en nada se parece al sol que alumbra nuestro planeta, porque el sol que yo he visto en mi feliz ensueño tiene una mezcla de luces radiantes, y siempre diáfanas, una magnitud que abraza todo lo creado, y unos rayos tan dulces y agradables como la esperanza del justo.

Entonces compadecí a los hombres, porque entonces me convencí de sus delirios y de su ignorancia, de su orgullo y su miseria, de sus altas pretensiones y su ningún saber; y



conocí que la tierra no era más que un continuado quejido de angustia, unantro de dolores, un valle de lágrimas y de tinieblas, envuelto en la obscuridad de la terrible duda, donde todo gime, el hombre y la naturaleza...

—¡Y aun los habitantes de este planeta se juzgan pecadores!...—pensé yo interiormente—. ¡Ah!... ¡Cuán perfectos serán los espíritus que rodean el trono del Señor!... ¡En qué mundo de corrupción he vivido hasta ahora!... ¡Ahora conozco que para ser feliz es preciso acercarse a Dios!... ¡Aquí me encuentro más cerca de El, y ya soy bueno!... ¡Pero yo pertenezco a los seres degradados de la tierra, y yo no soy digno de habitar entre los justos seres de este planeta!

—He leído en vuestro pensamiento—me dijo el venerable anciano—; pero os habéis engañado; habéis defendido la religión y habéis vertido por ella vuestra sangre; habéis practicado la virtud y habéis amado con pasión pura, desinteresada y tierna a la joven cuyo brazo enlaza vuestro cuello. Ved, pues, cómo recompensa Dios las buenas obras practicadas por el hombre; ved ahí el altar donde os espera la dicha inefable a que suspirabais...

Yo fijé mis ojos en el sitio que con su resplandeciente dedo me señalaba, y quedé asombrado y herido de un religioso pavor.

Un mirífico altar, sostenido por alados ángeles, velados por blancas y transparentes nubes, dejaba ver a su pie la respetable forma de un venerable sacerdote, envuelto en candidas vestiduras; una cruz de tosca madera, donde yacía el Cuerpo del Divino Salvador enclavado, se veía suspendida en los aires, y rodeada de arcángeles y querubines, que, cubiertos con sus resplandecientes alas, le adoraban de hinojos; pero de aquella cruz, de rústica madera, salían tan vivos resplandores de luz divina, que difundían en el alma sentimientos desconocidos, de una ternura religiosa indecible. Sobre la preciosa cabeza del Señor se descubría una aureola de suavísimos resplandores, que iluminaban su corona de espinas, que comunicaban su exquisita brillantez a los grupos de ángeles que, suspendidos en los aires, entonaban el canto de la Redención del mundo de una manera dulce, armoniosa y melancólica. ¡Qué espectáculo tan grandioso!... Aquellos celestiales seres que cercaban el árbol de la vida, regado con la sangre del Eterno, eran de una belleza indescribible, y sus delicados contornos tan fuera del alcance de la comprensión del hombre, que los que fingen los pintores y los poetas, no llegan a ser ni un borrón, ni un punto, ni la más ligera imitación de aquellos ángeles divinos de divi-

nas formas que aquellas formas celestiales, llenas de pureza, que respiran candor, y un amor santo, puro, eterno al Creador del Universo... ¡Cómo expresar aquellos bellísimos ojos que están siempre fijos en Dios, como el objeto único de sus delicias!...

Aun no volvía yo de mi religioso asombro, cuando vi acercarse a mí el numen de la Piedad y de la Providencia, que uniendo bondadosas mi mano con la blanca de la pudorosa Inés, nos condujeron al pie de los altares. El venerable sacerdote nos envió una mirada de profundo amor, iba a enlazarlos para siempre..., cuando un ruido desapacible vino a destruir mi ensueño... ¡Ah!... Me volví a encontrar solo, en una húmeda prisión, lejos del objeto amado, y al frente de un hombre de prolongada barba y aspecto severo.

Inés se sintió conmovida, se enjugó algunas lágrimas que asomaban a sus ojos, iba luego a continuar la lectura, pero la suspendió y guardó el cuaderno al ver entrar a la criada, diciéndola que la estaban esperando para cenar.

### CAPITULO III

#### El desaffo

El coche en que iban Rafael y Leopoldo caminaba con indecible rapidez. Faltaba un cuarto de hora para el desaffo cuando tomaron el carruaje, y era preciso acelerar la marcha de éste, para llegar al tiempo señalado.

Leopoldo marchaba preocupado con la idea de su anciana madre.

Temía dejarla abandonada, y esto le oprimía el corazón.

—¿Qué será de ella—pensó—, si yo muero?

Y sintió embargada su alma de profunda melancolía.

No tenía en el mundo más que a él; y él, tal vez, iba a morir dentro de breves instantes.

Amaba a su anciana madre como hijo bueno y cariñoso, y un funesto presentimiento de que no volvería a verla, le prensaba el pecho y le robaba la tranquilidad.

Sin embargo, en su semblante nada se leía.

Su rostro se mantenía sereno y apacible, sin dejar traslucir lo que el corazón sufría, como se ostenta terso y tran-